Domingo 14 agosto 2022
El Evangelio del Domingo 20−C

Lc 12,49-53

Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo y tome su cruz

En el Evangelio de este Domingo XX del tiempo ordinario encontramos una afirmación desconcertante de Jesús, que adquiere más fuerza, en cuanto contradice, de modo adversativo, lo que sería de esperar: «¿Piensan ustedes que Yo he venido a dar paz en la tierra? No, les digo, sino división».

Esta declaración tiene dos partes. La primera está formulada en forma negativa: «No he venido a traer paz». Parece contradecir su propia realidad, como la proclama el coro de ángeles que escucharon los pastores, cuando les fue anunciado su nacimiento: «Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres en quienes Él se complace» (Lc 2,14). Parece contradecir también su propia palabra: «La paz les dejo; mi paz les doy» (Jn 14,27). Y, por último, parece contradecir lo que enseñaban sobre Él sus apóstoles: «Él (Cristo) es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad… para crear en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, haciendo la paz… Vino a evangelizar la paz a ustedes que estaban lejos, y paz a los que estaban cerca» (Ef 2,14.15.17).

La segunda parte de la declaración de Jesús expresa el objeto de su venida en forma afirmativa: «He venido a traer división». Hemos visto que el Apóstol enseñaba lo contrario sobre la misión de Jesús: «Vino a hacer de los dos pueblos uno solo, derribando el muro de división». Sabemos que el anhelo más profundo de Jesús fue la unidad de sus discípulos y de todos los hombres. En efecto, Él oraba así: «Padre, que todos sean uno, como Tú en mí y Yo en ti… Que sean perfectos en la unidad» (Jn 17,21.23).

Para interpretar el sentido de las palabras desconcertantes de Jesús debemos examinar su contexto. Jesús acaba de hacer dos afirmaciones que nos revelan sus sentimientos interiores más fuertes. La primera expresa la finalidad de su venida: «Fuego he venido a arrojar sobre la tierra y ¿qué deseo, sino que ya esté ardiendo?». Es ciertamente una metáfora. ¿Por qué compara el efecto de su venida con el fuego? Todos sabemos que donde hay fuego, hay también alarma y vigilancia. Nadie queda indiferente ante el fuego. Jesús sabe que su venida ha introducido en el mundo la novedad absoluta. Es Dios mismo que se ha hecho

hombre y parte de nuestra historia. Al que es revelado el conocimiento de este hecho experimenta un vuelco total en su vida; lo ha alcanzado el fuego de Cristo. Se dice que ha sido «evangelizado» quien experimenta ese vuelco a causa del conocimiento de Cristo. Es lo que observaban los judíos en San Pablo: «El que antes nos perseguía ahora evangeliza la fe que entonces quería destruir» (Gal 1,24). Y él mismo expresa esa experiencia así: «Lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo» (Fil 3,7). Jesús anhela que toda la humanidad sea «evangelizada». No basta escuchar el Evangelio; tampoco declarar con los labios la condición de cristiano; tiene que mediar la acción interior del Espíritu −que precisamente se manifiesta como lenguas de fuego (cf. Hech 2,3-4)− que nos haga asumir los criterios de Cristo y nos configure con Él.

La segunda afirmación de Jesús que nos revela su interioridad es expresión de su misión: «Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué apremiado estoy hasta que se cumpla!». El bautismo es una metáfora del sufrimiento en el cual Jesús debe ser completamente sumergido, como se sumerge en el agua quien es bautizado. Toda la vida de Jesús fue un martirio. Pero alcanzó su punto máximo en la cruz. Este es el sentido del límite que indica: «Hasta que llegue al extremo (telesthé)». Corresponde con la última palabra suya: «Está todo en el extremo (tetélestai) (Jn 19,30). El mismo apremio por llegar a ese extremo del amor, que fue la muerte de Cristo, debe sentir el discípulo de Cristo, como lo expresa San Pablo para todos los cristianos: «El amor de Cristo nos apremia, considerando que, si Uno murió por todos, entonces todos murieron» (2Cor 5,14).

Ahora podemos pasar a la frase de Cristo que decíamos «desconcertante». Jesús se niega a acomodarse a los criterios del mundo, que son el placer y el egoísmo. Su paz no es la que da el mundo, que consiste en estar bien con todos, diciendo lo que todos quieren oír, lo que se llama hoy «políticamente correcto», aunque sea falso. ¡Es triste que se use el término «político» para expresar algo tan contrario a la verdadera política! Jesús no es como los falsos profetas: «Han curado el quebranto de mi pueblo a la ligera, diciendo: “¡Paz, paz!”, cuando no había paz» (Jer 6,14). La paz de Cristo consiste en el cumplimiento de la voluntad de Dios tal como es revelada por Jesús. Esta es la paz que Él trajo, la que está fundada en la Verdad. Y esta es la que lo llevó hasta su muerte en la cruz.

El seguimiento fiel de Cristo es lo que produce la división en su encuentro con el mundo del bienestar. El evangelista Mateo, cuando refiere esas palabras de Jesús −«el hijo contra el padre, la hija contra la madre»−, comenta: «Los

enemigos de un hombre son los de su propia casa» (Mt 10,36). La división se produce cuando la voluntad de Dios no coincide con la voluntad de los padres, parientes y amigos, porque entonces rige el principio formulado por Jesús: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí» (Mt 10,37-38).

Esta doctrina de Jesús deja en evidencia el contraste −la división− con algunas expresiones de la «propuesta de Constitución» que se ha formulado para nuestra patria, en particular, la que dice: «Toda persona es titular de derechos… Estos comprenden… el placer y la anticoncepción» (Art. 61 § 1). Jesús, en cambio, dice a todos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sigame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá…» (Lc 9,23-24).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles